

EL BARCO EBRIO. HOMENAJE A VALENTE EN EL 90.º ANIVERSARIO DE SU NATALICIO

MARCELA ROMANO

CELEHIS / Universidad Nacional de Mar del Plata

*La palabra poética resuena intramuros pero viene [...] del
lugar del desierto, lejos de la ciudad.*

José Ángel Valente, «Un canto de frontera» (*Diario
anónimo*, notación del 6 de mayo de 1977).

En uno de sus últimos escritos sobre Juan de la Cruz, Valente se preguntaba en la apertura: «¿Cómo empezar a hablar de él? ¿En qué términos? ¿Con qué palabras? ¿Con las suyas propias? Pero él no nos habla nunca de sí, porque apenas escribía o hablaba de su persona. Nos habla de su noche» (2004: 70).

Emulamos ese comienzo a casi veinte años de su muerte y en el nonagésimo aniversario de su natalicio, en ese espejo admirado que es —el de Valente— el nuestro propio, mientras diagramamos este *dossier*, con la esperanza de ofrecer alguna novedad a su dilatada *summa* bibliográfica, sabiendo que nunca se ha dejado de escribir sobre el autor de *La memoria y los signos*. Más allá de las numerosas y valiosas aportaciones en el campo crítico producidas en vida y tras el fallecimiento del autor, la exégesis de su proyecto creador total sigue planteándonos desafíos desde una «noche» que es y no es la del Santo de las Nadas: espacios textuales confluyentes y en ocasiones encontrados, discursos de la hibridez y de la incomodidad, la emergencia y consolidación de un canon propio y, en paralelo, la de una figura de escritor —y de un escritor— que se ha querido

siempre fuera de todo canon. Poesía, ensayo, breves narrativas o «prosas poéticas», según se quiera mirarlo, territorios de la palabra a caballo entre la autobiografía y la ficcionalización (del yo), dan cuenta de una productividad incesante y diversa pero, creemos, muy estabilizada ya en sus comienzos en los cuatro o cinco mojones que sustentan su «viaje [casi] inmóvil», según ha leído el gallego en Juan Ramón (Valente, 1994: 88), y que exige para nosotros una hermenéutica sincrónica, de irradiaciones y simultaneidades.

Cada lectura de Valente es una invitación al desacomodo. Como dice Jordi Doce, nos sumergimos en «un cuerpo vivo, recorrido por fuerzas que no han perdido un ápice de su fertilidad, su aguijadora capacidad de alumbramiento, su pertinente impertinencia» (2010: 42). Uno queda iluminado, transido por una vibración que no alcanza a comprender pero que le produce un descubrimiento, un saber desde la perplejidad y, sobre todo, la casi insoportable seducción de la belleza. A diferencia de Mallarmé (próximo y lejano), cuya poesía suele arrojar luz, pero una luz fría y cerebral, el autor de *Mandorla* seduce con una luz amable que a su vez puede palpase y oírse: la *amada en el amado transformada*. ¿Qué hace con todo eso un lector que, además, debe convertirse en crítico, esto es, que debe racionalizar esa experiencia de lectura, otorgarle un valor, un sentido y, sobre todo, una explicación? Ir, también él, en vaivén; despojarse, para evitar el contagio de su imantación encantatoria; volver legible, con paciencia, ese magma proliferante (pensamos en Coleridge) de imágenes y de signos.

Se inscribió y lo inscribieron inicialmente como integrante del grupo de los 50, pero acompañó por poco tiempo ese derrotero común y estratégicamente pensado «como un paréntesis voluntariamente aceptado y más o menos impuesto por las demandas de la historia», según ha confesado su amigo Caballero Bonald (2000: 10). Si bien participó de la polémica antología de Castellet de 1960, del homenaje machadiano de 1959 con su correspondiente fotografía, de la colección «Colliure» y de otras compilaciones antológicas del período, como la de Rubén Vela (1964), al margen de la insularidad progresiva de su escritura hay evidencias factuales de su desmarcamiento. Así leemos la respuesta al antólogo Antonio Hernández en 1978 («me respondió rogándome su no inclusión» [Hernández, 1991: 15]) o su enfática ausencia en los reencuentros grupales (Granada, 1984; Oviedo, 1987; Jerez de la Frontera, 1999). Del mismo modo,

afirmaba descarnadamente en un manuscrito de 1980, a propósito de las «generaciones»:

Respecto del llamado grupo de los 50, yo me consideraría retratado en él si el retrato se llamase *Retrato de grupo con figura ausente*. El grupo no es más que la momentánea asamblea de los que se aprestan a correr. Todos adoptan una posición análoga en la línea de partida. Solo una vez que la señal ha sido dada empieza la verdadera aventura del escritor: la larga, la prolongada soledad del corredor de fondo (Sillitoe) (Valente, 2018: 50; subrayados suyos).

Y también algo dice en su *Diario*, con su habitual y punzante ironía:

11 de abril de 1990. Dice [en *El Independiente*, 22 de marzo de 1990] el bueno de Ángel González que conoció a Barral en 1955. Yo los había conocido a todos antes. En esas fechas yo me fui a Inglaterra y ya no volví. De su encaje en la llamada generación del 50, escribe: «Podría decirse de nosotros que teníamos una forma parecida de vivir y de beber, cosas ambas que unen mucho». Ni en el vivir ni en el beber tuve nunca nada en común con ese grupo (Valente, 2011: 268).

Su aventura personalísima ha supuesto la *lenta formación natural* de un entramado en *pliegues*: «lo múltiple no es solo lo que tiene muchas partes, sino lo que está plegado de muchas maneras» (Deleuze, 1989: 11). Asistimos por lo mismo al poliedro de un proyecto creador signado por las tensiones que surcan el campo intelectual peninsular de las décadas en las que su producción toma forma, y que se inserta, durante su desarrollo posterior, en las más inquisidoras polémicas de la poesía y el pensamiento latinoamericano y europeo contemporáneos. Aniquilar esas tensiones en favor de la tranquilidad comprensiva o pedagógica del crítico es deshonar el ancho espacio de indagación y conocimiento (nos corregimos, con Valente: de «inconocimiento») que su obra total —incluyendo epistolarios y entrevistas— nos ha dejado como uno de los legados más inquietantes de la literatura española actual.

Desde su primer poemario, *A modo de esperanza* (1955), hasta el póstumo *Fragmentos de un libro futuro* (2000), el autor de *El inocente* trama su voz a partir de múltiples imaginarios estéticos. La poesía «social» de sus comienzos fue progresivamente matizada —o, mejor, reinterpretada— en función de otras utopías menos o nada

transitadas por sus iniciales compañeros de viaje. Valente, no obstante, mantuvo hasta el final la admiración por Blas de Otero («Blas ha sido una resistencia y una inconcesión», afirmaba, como de sí mismo, en 1977: 213) y su deuda, en muchos sentidos, con el maestro de todos, el Antonio Machado irónico, heterodoxo e inquisidor de Juan de Mairena.

Paso a paso, como dejan ver las entradas de su *Diario* (que revelan la notable erudición y curiosidad intelectual, estética y política del poeta orensano), sus intereses críticos, sus guiños poéticos, explícitos e implícitos y la catalogación reciente de sus bibliotecas (Redondo Abal y García Candeira, 2016), vamos descubriendo, más allá de esos precursores tutelares, la lectura de exquisitos volúmenes procedentes en gran medida de la modernidad literaria en sus distintas flexiones y matices. Asoman en ese fascinante escaparate (que nos obliga a hacer nuestro) el irracionalismo, la *desnudez*, el enigma, la poesía de severa impronta meditativa (los poetas románticos ingleses, Mallarmé, Lautréamont, Rimbaud, Artaud, Lezama Lima, Pessoa, Cavafis, Juan Ramón, Valle-Inclán, Novalis, Jabès, Cernuda, Vallejo, Eliot, Pound, Celan, Char, Borges, Hölderlin), junto al pensamiento moderno y contemporáneo más actualizado (Zambrano, Heidegger, Bloch, Blanchot, Lévinas, Bataille, Scholem, Lukács, Barthes, Foucault, De Certeau, incluso Bourdieu...). No faltan en este linaje sus acercamientos en clave moderna a los clásicos (a los que reescribió y tradujo, como bien señala Hernández de la Fuente, 2013: 133-140) y entre los que destacan la *Eneida* y la *Odisea*, Hesíodo, la figura de Antígona. De manera decisiva, también, se integran a este coro de insignes la *legerezza* (para remedar a su admirado Italo Calvino) del *haiku*, el romancero, el cante jondo y la poesía tradicional galaico-portuguesa y de algunos de sus continuadores cultos, como Rosalía de Castro, más el conceptismo de Quevedo, acompañado por la enseñanzas *oraculares* y la «ética del disimulo» de Gracián. Pero quizá lo más distintivo de sus anaqueles esté constituido por el apasionante mundo de los autores místicos y religiosos: San Juan de la Cruz, especialmente (y a quien vuelve luego de otros lejanos recorridos, como confiesa en una entrevista de 1999 recogida en 2018: 372), pero también Santa Teresa de Jesús, el heterodoxo Miguel de Molinos, los cabalistas judíos (y, en general, el judaísmo como política y poética del exilio, simbólico e histórico), el sufismo y sus pájaros, el budismo zen, el pensamiento estoico, los poetas metafísicos ingleses del siglo XVII, las enseñanzas

de Meister Eckhart y Böhme. En suma, una biblioteca laberíntica y tentacular que, en rigor, como quería Borges (cuya relación con el gallego ha sido bien estudiada, entre otros, por Claudio Rodríguez Fer, 2008b), aspira a conducir a un solo Libro, y, al mismo tiempo, al desasosiego de un texto siempre virtual, en tensión deseante, cuya incompletud ofrece alternativas para explicar su propia dimensión del «compromiso» y que, en un momento, incrusta las heridas lacerantes de la propia vida, a secas.

Ese ansiado «primer animal visible de lo invisible», según su admirado «maestro cantor» Lezama Lima, es poesía, mística y, como en muchas místicas, también es cuerpo. En sintonía con Bataille, los cuerpos poéticos y los cuerpos físicos de la escritura valentiana rompen, desde una percepción trascendentalista heterodoxa, con los saberes y las limitaciones estereotipados por los *habitus* y rituales de la sociabilidad aceptada y de la vigilancia biopolítica; impugnan violentamente las categorías occidentales, racionalistas y burguesas de identidad, subjetividad e intimidad, merced a la exaltación de un *continuum* deseante del que su libro *Mandorla*, de 1982 (asociado a su encuentro con Coral Gutiérrez, según nos cuenta en 2004: 94), resulta un ejemplo modélico.

Este planteo superador de la ortodoxia cristiana y más cercano a otros idearios como el sufismo, por ejemplo, llevó a Valente a una formulación en apariencia paradójica dentro de su proyecto creador: «mística materialista» (Rodríguez Fer, 2008a: 18), «materialismo sagrado» (en la expresión de Paolo Valesio, en Gómez Toré, 2010: 303). De este modo, se anexa al campo semántico de la «noche» (asociado a la «nada», el «silencio», el «desierto», el «páramo», la «piedra», el «blanco», el «no-obrar», el «cero», la «transparencia», etc.), la virtualidad de lo germinativo («barros oscuros», «humus», «resinas», «fenómenos del fondo», «aguas», «semillas», «engendramiento», «matriz», «vulva», *logos spermatikós*), en fin, las «miríadas de gérmenes» de las que hablaba Bécquer en su «Introducción sinfónica» y que, en ese extraño y oscuro libro, *Tres lecciones de tinieblas*, de 1980, alcanza su escenificación quizá más elaborada.

Siguiendo entonces esta performatividad en continua expansión, la crítica ante los lenguajes dados desafió a Valente, como poeta, a buscar el «punto cero» donde la palabra, en su ante-forma, no es propiamente escritura, sino, como aseguraba, un «estado de escritura» que supone la destrucción de cualquier sentido preestablecido, y, por ello, convoca todos los sentidos posibles: «Borrarse. / Solo en la ausencia de todo

signo / se posa el dios» (*Al dios del lugar*, 1989; en 1992a: 192). Paradojas, perífrasis, oxímoron, paronomasias, en fin, desiertos y «noches oscuras» atraviesan sus palabras mínimas, que estallan, al final del camino, como pequeños pero intensísimos puntos de luz en el blanco de la página.

Palabras mínimas para una mínima voz, un sujeto poético que pugna por ausentarse, por desaparecer, porque en esa voz resuenan otras voces, otros gestos y otras músicas (mejor, otros «cantos»): el flujo constante y poroso de la tradición (esa inevitable conversación con los muertos practicada por Quevedo y más tarde por Eliot); el Espíritu de lo poético primordial y transhistórico al que aludían Borges y Mallarmé; el *Ursatz* o movimiento primario teorizado por Schenker y presente en los desarrollos dodecafónicos de sus admirados Schönberg, Webern y Boulez; el *timstsum* o contracción de la divinidad revelado a los saberes judaicos por Isaac de Luria (Safed, Palestina, siglo xvi), según el cual *En-Sof*, para dar lugar a la Creación, debe exiliarse, replegar su presencia.

En sus primeros libros el poeta gallego buscaba salidas al sujeto magnificado de la tradición romántica por la vía social, pero luego verá que ese mismo intelectual *engagé* se inserta, paradójicamente, en la estela de los «iluminados», ya no metafísicos, sino sociales: «hablad por mis palabras y mi sangre», decía un Neruda «adiposo» (Valente *dixit*) a los desclasados de su *Canto general*. Así el gallego insistió, en palabras de Sánchez Robayna, en la «impugnación de toda identidad» (1996: 45), dado que la misma «es, en rigor, algo esencialmente incognoscible» (Sánchez Robayna, 2014: 9).

Este camino hacia el «anonadamiento» bebió en principio de la tradición inglesa posromántica, las formas del distanciamiento ya propugnadas por un Cernuda alertado ante las «falacias patéticas» de la lírica, tal como se entendió la poesía a partir del romanticismo. Un Cernuda con quien compartió Valente (y otros) el artilugio del *correlato objetivo* y el *monólogo dramático*, esa «segunda voz», según Eliot (1979: 98), por la cual «yo» es decididamente «otro» (y «el mismo», diría Borges, dando una vuelta de tuerca a las explicaciones de este enmascaramiento). «La identidad no es más que una mera convención» —dirá Valente en *Palais de Justice*—, «el acto innecesario de decir en falso ante cualquiera de las imágenes de sí: soy yo» (2014: 19).

Su «deriva» textual (que incorpora tanto traducciones como versiones propias) y estas superpuestas y encontradas *imágenes de sí* anticipan el deshacimiento progresivo del «yo» hacia una noción diversa,

anticipamos, de subjetividad. Nos lo descubría Valente en uno de sus muchos ensayos, «Las condiciones del pájaro solitario», de *La piedra y el centro*, de 1982: «En el punto de unificación de la forma, la referencia al hombre o al autor —¿quién es el autor?— está ya de antemano disuelta. La experiencia personal ingresa en el movimiento natural del universo, en el *Ursatz* [...] La obra es así anónima, como la poesía está, en verdad, hecha por todos» (1991: 20). Una apuesta por la anonimidad y la «colectividad» (mejor, aquí, «comunidad» de voces, como lo piensa Pardo en *La intimidad* [1996]) que poco, a nuestro juicio, tiene que ver con la creencia «cordial» respecto de los usos de lo popular que inaugurara Machado y siguieran algunos poetas de las primera y segunda promociones de posguerra. Valente parece reconstruir en su búsqueda de la poesía tradicional «popular» el impulso todavía romántico del «origen»: una voz inmemorial y ubicua, donde la musicalidad y la reconcentración expresivas funcionan dentro de una suerte de teoría poética «negativa», asociada, por lo demás, a la poesía «desnuda» de Jiménez y al vasto repertorio de las prácticas poéticas del «deshacimiento» espiritual.

Hay que agregar, en un sentido complementario a lo anteriormente expuesto y para despegarnos de lecturas equívocas, que su inspirador e inspirado *wu-wei* de la «escucha» se encuentra permanentemente vigilado por una autoconciencia implacable, que atraviesa todos los géneros de su producción. Basta recorrer la complejidad de muchos de sus poemarios, su apasionada y apasionante obra ensayística, los volúmenes de su biblioteca, para saber que Valente intentó problematizar con empeño esa facilidad concedida al «entusiasmado»: meditación la suya inflamada de vocación lectora y cosmopolita, fundadora de una *episteme* heteroglósica que, estamos viendo, curioseaba fervorosamente en las literaturas próximas y lejanas, pero también en la estética, la filosofía, la teología, la teoría literaria, la lingüística y las ciencias sociales. Todas ellas son nutrientes de un pensar poético que lo inscribe, como muchos han visto, en el linaje de la mejor poesía meditativa y sus diversas modulaciones, que van desde la austeridad clásica de la reflexión elegiaca y moral (en un amplio abanico de tonos, retóricas, formas enunciativas) hasta el «sentir iluminante» de María Zambrano.

Lo dicho reafirma los alcances puntillosamente estudiados y teorizados en diversos ensayos y entrevistas sobre su apuesta estética, a partir de la asunción, dijimos, de una práctica «negativa» del arte frente a los lenguajes *patrimoniales* e instrumentalizados. Si bien sus textos poéticos, en buena parte de sus libros, parecen alejados de toda alusión

contextual, son, no obstante, un «escándalo» y una «revolución» más efectivos que los de la palabra referencial, figurativa, «experiencial», que explícitamente el autor rechazaba. En la huella de las reflexiones de Adorno (1980) y a contrapelo de las figuras canonizadas del intelectual «comprometido», Valente empezó, casi desde el principio, a espigar otras soluciones respecto del interrogante de la representación y de la crítica poéticas: un fino trabajo de destrucción y reconstrucción que las lecturas meramente trascendentalistas en torno a su obra no alcanzaron a advertir, confinándola a un autismo autorreferente y sin vocación histórica. A propósito de esto, el gallego cita en su *Diario* estas reveladoras palabras recogidas de una entrevista a Max Frisch: «El escritor no se retira a una torre de marfil, sino a una fábrica de dinamita. La impugnación del lenguaje dominante puede hacerse negativamente, por el silencio, o positivamente, imaginando nuevas formas de expresión» (2011: 210; entrada de 3/81).

Hay que decir, siguiendo estas reflexiones, que la mencionada sustracción o problematización identitaria puede operar como matriz utópica de un ejercicio escritural destinado, por fuera de sí, y ello parece claro, a no tener éxito. La voluntad coral de incorporarse a ese flujo «anónimo» (que alberga, en el pasado y en la contemporaneidad, hemos visto, nombres ilustrísimos y nada anónimos, como el suyo propio) y su poderosa imagen de autor como profeta del exilio y del desierto lo visibilizaron y entronizaron, otra vez, en la senda de los vates modernos, y no sin su consentimiento. En esta espectacularidad de la anonimia, en este *chameleon poet* de Keats (muy bien estudiado por Fernández Rodríguez, 2007), se espiga, paradójicamente, la afirmación empírica, factual, de un nombre propio: el del escritor José Ángel Valente, nacido en Orense en 1929 y muerto en Ginebra en 2000, que ingresa como tal en el campo artístico y encabeza con enjundia y convicción ese canon de los «márgenes» frente a un contexto literario que consideraba mercantilizado y sujeto, tras su aparente «corrección política», a las demandas de las hegemonías, tanto locales como globales.

Complementariamente con lo señalado, aportes críticos como el de Jordi Ardanuy nos advierten que su lírica «acomete la defensa del humanismo, en sentido *fuerte* (pero no esclerosado) del término [...] porque nunca deja de vincular la autonomía creativa del artista a un proyecto de emancipación colectiva» (2010: 185). Con este coincide Antonio Méndez Rubio: «Una escritura de vanguardia, o previa a la figuración, o no meramente realista, supone un desafío poético y político en sentido amplio. Porque al poder no le

opone un contrapoder sino un antipoder» (2009: 20). En el mismo sentido, es Jordi Doce quien analiza lúcidamente, en «La búsqueda de lo propio. José Ángel Valente, ensayista», algunos de los artículos valentianos sobre la socialdemocracia española, dispersos en la prensa gráfica y recogidos en la edición de sus *Ensayos completos* de 2008. Doce concluye:

Frente al posibilismo —tal como él lo describe— de la socialdemocracia, frente a la reducción del ejercicio político a tablas de gimnasia reformistas, capaces como mucho de quitarle un poco de grasa antiestética al tardocapitalismo, Valente se arroga una y otra vez la libertad literalmente impertinente de pensar lo imposible y buscar líneas de fuga para el pensamiento utópico. Lejos, eso sí, de cualquier consigna partidista, y muy particularmente de los movimientos reflejos de la izquierda española, hipnotizada por la autocracia castrista. El pensamiento político de nuestro autor parece sentirse a gusto moviéndose a la contra: a sus raíces ácratas suma, como buen melancólico, un carácter o temperamento reactivo, de respuesta pasional y hasta iracunda a unas circunstancias que le exceden, algo que también había comparecido, hasta la fecha, en grandes tramos de su poesía (2013: 56).

Una voz que fue por más, también hay que decirlo, y que sumó al polemista ácido e ineludible la intervención histórica concreta, desnuda de toda metáfora. Así alternó la terraza y el estudio monacal de su casa en la «ciudad celeste» (Almería) con los ruidos, el cante y, también y sobre todo, las demandas del barrio olvidado de La Chanca. En ese lugar, junto a Juan Goytisolo —el amigo «brújula» y cómplice que le indicó la luz del sur— desempeñó acciones de promoción social, cuya contundencia nos devuelve una figura de autor otra que revitaliza aún más la credibilidad de su legado.

La historia, en su encarnadura, no solo asedia a Valente en sus desvelos colectivos, sino que se exhibe, descarada y desnuda, en las esquinas trágicas de su vida privada. La poética de sus últimos libros, a partir de *No amanece el cantor*, de 1992, aparece tensada entre su preeminente vocación utópica y la dura percepción de la inutilidad del decir, de la presencia de la nada como final sin reveses absolutos, es decir, de la muerte, un nuevo escenario que publicaciones póstumas como *Fragments de un libro futuro* (2000), *Diario anónimo* (2011) y el perturbador *Palais de Justice* (2014) contribuyeron a adensar.

La fascinación del deseo se transforma en la dolorosa epifanía de la ausencia: «vivencia del *duelo*», reflexiona Marta Agudo respecto del libro de 1992, que se derrama en poemas en prosa, esa visceral «escritura de la verdad» (2009: 47). En ese poemario, una elegía a «Agone», pudoroso nombre literario que esconde el de su hijo Antonio, muerto en Ginebra, se escribe al ausente con los restos de una voz y de un «cuerpo quebrantado»: «Ni la palabra, ni el silencio. Nada pudo servirme para que tú vivieras» (Valente, 1992b: 71). Al fin y al cabo, José Ángel Valente no pudo sustraerse, a su pesar, a la percepción tardomoderna del fracaso de todas las utopías, incluyendo la del lenguaje. Quizá, en este sentido, habría que repensar, con Gómez Toré, que en Valente «lo sagrado no es tanto el fundamento de su voz poética como su fantasma, su referente perdido, y solo en ocasiones reencontrado» (2010: 302).

En igual sintonía, sus poemas finales, recogidos en el ya citado libro póstumo de 2000, dejan ver la desnudez de un alma y de un cuerpo envueltos, esta vez, por el «enorme manto / de enredaderas amarillas» (Valente, 2000: 95) de la muerte, inminencia cierta que literalmente lo *deshace* y por la que siente en la propia laceración la experiencia física del «fragmento». No obstante, el último texto del libro, el último escrito por el autor, recompone en la *versión* de ese anónimo venido de los fondos de la cultura y de la creación otro fragmento posible, que apunta, en plenitud, a la utopía deseada, «la nada» juanramoniana «en la lengua de [su] boca», el «pájaro solitario» de San Juan, los pájaros desnudos de Attar, en busca del Simurg que ellos mismos son: «Cima del canto. / El ruiseñor y tú / ya sois lo mismo» («Anónimo: versión», en Valente, 2000: 102).

El presente *dossier* se suma, advertimos al principio, a la vastísima bibliografía sobre un autor varias veces premiado, editado y homenajeado en vida y tras su muerte, con algunos imprescindibles aportes que no quiero dejar de mencionar en estas páginas. Una muestra de ello la ofrece la activa Cátedra «José Ángel Valente» de Poesía y Estética de la Universidad de Santiago de Compostela, dirigida por Claudio Rodríguez Fer. Este incesante animador de encuentros sobre el poeta, tesis y publicaciones, ha posibilitado la aparición de los tres tomos biográficos de *Valente vital* (Rodríguez Fer, Agudo y Fernández Rodríguez, 2012; Rodríguez Fer, Blanco de Saracho y Lopo, 2014; y Rodríguez Fer, Fernández Rodríguez y García Lara,

2017, respectivamente), el catálogo y estudio de la *Biblioteca de José Ángel Valente* (Redondo Abal y García Candeira, 2016) y *Valente infinito (Libertad creativa y conexiones interculturales)* (Rodríguez Fer, 2018), entre muchas otras aportaciones. Suyo es también *Cuaderno de versiones* (Galaxia Gutenberg, 2011), que recoge traducciones (*versiones*) valentianas de Dylan Thomas, John Keats, Eugenio Montale, Constantino Cavafis y Paul Celan, entre otros. Lleva ya más de una década, por otra parte, la edición de su obra completa (poesía y prosa), publicada también por Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores en dos tomos al cuidado del propio Rodríguez Fer y de Andrés Sánchez Robayna. Este poeta, crítico y traductor canario, asimismo, nos ofreció con posterioridad —y en esa misma casa— las notables ediciones de *Diario anónimo* (2011), *Palais de Justice* (2014) —que analizan dos de los articulistas de este *dossier*— y, muy recientemente, *El ángel de la creación. Diálogos y entrevistas* (2018). Una contribución importante, finalmente, a los estudios valentianos, ha sido la también reciente sistematización de parte del epistolario del poeta, *Retrato de grupo con figura ausente. Edición y análisis de la correspondencia entre José Ángel Valente y los poetas españoles de su edad*, a cargo de Saturnino Valladares (2017).

El *dossier* que aquí presentamos se articula en tres núcleos de indagación en torno a la obra de Valente. El primero, a cargo de Alfredo Saldaña y José Andújar Almansa, se detiene en la poesía del autor intentando reconstruir diálogos posibles desde una perspectiva comparativa. De este modo, Saldaña, en «Cultivar un vacío secreto», pone en original relación la extraterritorialidad común en Valente y el poeta argentino Roberto Juarroz (1925-1995), a partir de su posicionamiento de nadadores *contra* corriente en sus respectivos campos artísticos. Ambos, según el autor, construyeron su obra a partir de «una relación radical con el lenguaje» y «encontraron en la nada y el vacío, antes que representaciones de una cierta negatividad, oportunidades de generación de nuevos sentidos». Pensamiento, duda, interrogación, identidades litigantes unen a poetas que no se conocieron entre sí, pero que frecuentaron «una comunidad imaginaria compartida» de «creciente interculturalidad». La poesía es «una aventura a la intemperie», dice Juarroz, de la mano de una «palabra [...] [que] empieza justo donde el decir es imposible», completa Valente.

El artículo de José Andújar Almansa, «Valente y la palabra sumergida», nos ofrece una lectura global de la poesía valentiana, especialmente desde la relación entre creación y pensamiento. Ajeno a

una propuesta de periodización por etapas, Andújar hace foco en el «“lugar del canto”, ese espacio que ya desde sus libros iniciales sintió la necesidad de levantar sobre la morada arruinada del lenguaje» y en «la conquista de una tradición literaria propia, fruto del acercamiento a las principales corrientes de la literatura, las artes plásticas, la música, la filosofía y la reflexión estética contemporánea». Con la expresión «palabra sumergida», el autor intenta recomponer los distintos imaginarios subyacentes de esta poética polifónica en un abanico de lecturas, escuchas, miradas, de lo que resulta «una palabra afirmadora, que nunca enmudece ni cae en un nihilismo estéril».

El segundo núcleo funciona como una suerte de lugar «intersticial» (adjetivo caro a Valente y a sus maestros cabalistas), porque el artículo de Margarita García Candeira se mueve con notable sagacidad entre el análisis filológico y la crítica cultural e, inesperadamente, descubre en algunos textos, frente al limo autoengendrante y continuo de la palabra valentiana y su «conciencia exílica», la «prevalencia del impulso centrípeto, de enraizamiento y retorno». Así, la autora, en «José Ángel Valente como escritor gallego. Notas sobre la influencia de Vicente Risco y Rosalía de Castro», profundiza en las relaciones del orensano con la cultura y la literatura de origen, a partir de una red de citas ajenas presentes o recuperadas en *Cántigas de alén*, *Diario anónimo*, biografías, epistolarios y el catálogo de la biblioteca del poeta que ella misma ha ayudado a reconstruir. Aquí, García Candeira reconoce la voz del «mestre» Vicente Risco y su «lógica del asentamiento», que se traslada a la lectura que de Rosalía de Castro hace Valente, en un fructífero «entramado de sociabilidad afectiva e intelectual» con la cultura gallega.

El tercer y último núcleo de nuestro *dossier* se aboca a la prosa valentiana, un territorio crítico menos frecuentado que el de su poesía (de por sí, magnética), a lo que contribuye la tardía publicación de obras como *Diario anónimo* y *Palais de Justice*. La colaboración de María Clara Lucifora, «Hacia el “poeta-camaleón”: pretensiones de impersonalidad en las autopoéticas ensayísticas de Valente», se centra de este modo en el por ella definido como «espacio autopoético» valentino a partir de 1970 para indagar en las figuras de escritor construidas sobre sí mismo, explícita u oblicuamente. En su puntilloso análisis, la autora adivina la tensión entre una suma de imágenes signadas por el voluntarismo y la creencia «persistente de alcanzar la impersonalidad», en pos de «que la verdad del mundo fluya a través de él» en una suerte de anonimía primordial, y la potencia de su figura

de autor dentro del campo artístico, que, finalmente, arrincona esa voluntad en «un ejercicio discursivo», no obstante indicador de «una posición ética irrenunciable».

El artículo de Germán Prósperi, «“¿Por qué no decir, pues, una evidente trivialidad?”». Irrupciones vitales e irrupciones teóricas en *Diario anónimo*, de José Ángel Valente», se detiene en este volumen misceláneo de 2011 para constatar que dicho género «es para Valente un espacio en el que ensayar una escritura fragmentada», evidente en los aspectos formales, pero entretejida en una apuesta de mayores alcances. Es especialmente en la dinámica de «las interrupciones, rupturas o desapariciones que se manifiestan como provocación en la vida del poeta» donde Prósperi enfoca su novedosa lectura, con el objeto de recomponer una configuración particularísima de la intimidad. Evaluando la escasez de notaciones referidas a la vida privada en un texto que se desmarca de la expectativa habitual, su análisis restablece la tensión entre imposibilidad y deseo característica de la obra de Valente y en esta clave intratextual recompone «la imagen de un diarista en devenir, nunca acabada».

Por su parte, Julián Jiménez Heffernan, en «“Llegado el caso”: Valente convocado en *Palais de Justice*», a partir de una lectura irradiada que nos acerca visceralmente a este volumen de 2014, replica con notable erudición aquella *biblioteca tentacular* a la que, remediando al orensano, nos referíamos páginas atrás. Según el autor, estas prosas constituyen «pese a su brevedad, un testimonio singular de la supervivencia del mejor modernismo europeo». Desde esta frondosa perspectiva, Jiménez Heffernan descubre en *Palais de Justice* la coexistencia de tres «horizontes discursivos». Junto al gesto frío de la sátira menipea que enfrenta las ruinas de lo civil a los cuerpos amantes, insumisos a toda biopolítica, conviven el relato grotesco de un «proceso» de divorcio y el a menudo esperpéntico relato autobiográfico de un «insujeto» infantil y adolescente, tres vectores, en suma, que diagraman la imposibilidad de una identidad estable más allá de los rituales punitivos de la *polis*.

Las felices coincidencias de la vida nos permiten cerrar este *dossier* con un «fulgor» especialísimo: un inédito de Saúl Yurkievich, titulado «José Ángel Valente: ascesis y lascivia», leído en un homenaje al autor en 2005, meses antes de la trágica muerte del notable crítico argentino. La belleza e intensidad del breve texto, quizá intraducible a una sinopsis, nos obliga a prescindir de esta para dejar a los lectores

mismos ese descubrimiento. Agradecemos profundamente las gestiones de los Institutos Cervantes de París y de Madrid para dar con este material invaluable; especialmente, a Raquel Caleyá, quien nos lo ofreció en nuestra Córdoba de la Nueva Andalucía en marzo de este año, y al director de esa institución, Luis García Montero.

Quiero cerrar esta presentación, ahora en primera persona del singular, agradeciendo la confianza depositada en mí por los editores de *Prosemas*, Araceli Iravedra y Leopoldo Sánchez Torre, y celebrar su iniciativa de publicar este *dossier*, que esperamos resulte novedoso y útil para quienes accedan a su lectura. De igual modo, y de mar a mar, extendiendo mi gratitud a los colegas convocados aquí, de los cuales mucho (muchísimo) he aprendido. Remedando a De Certeau en el final de *La fábula mística*, todos nosotros hemos navegado, otra vez, en el «barco ebrio» de un autor imprescindible, cargado de lucidez, de polémica y de apasionamiento, y de ese perdurable «deseo sin nombre» del «que no puede dejar de caminar y que con la certidumbre de lo que le falta, sabe de cada lugar y de cada objeto *que no es esto*, que no podemos residir *aquí* ni contentarnos con *eso*» (De Certeau, en Valente, 2011: 293; entrada del 3/9/91).

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor (1980). «Discurso sobre lírica y sociedad», en *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, pp. 53-72.
- AGUDO, Marta (2009). «Arduo sobrevivir a lo vivido», *La Página* [«José Ángel Valente»], 78/9, pp. 47-54.
- y Jordi DOCE (eds.) (2010). *Pájaros raíces. En torno a José Ángel Valente*, Madrid, Abada Editores.
- ARDANUY, Jordi (2010). «Los ensayos de Valente: sociología y mística en la fundamentación del humanismo», en *Pájaros raíces. En torno a José Ángel Valente*, eds. Marta Agudo y Jordi Doce, Madrid, Abada Editores, pp. 183-201.
- CABALLERO BONALD, José Manuel (2010). «Acto Inaugural. Palabras previas», en VV.AA., *Actas del Congreso 99. El grupo poético del 50. 50 años después*, Jerez de la Frontera, Fundación Caballero Bonald, pp. 9-12.
- DELEUZE, Gilles (1989). *El pliegue. Leibniz y el barroco*, Barcelona, Paidós.
- DOCE, Jordi (2010). «Valente y el ejemplo de Cordelia», en *Pájaros raíces. En torno a José Ángel Valente*, eds. Marta Agudo y Jordi Doce, Madrid, Abada Editores, pp. 39-46.
- (2013). *Las formas disconformes. Lecturas de poesía hispánica*, Madrid, Libros de la Resistencia.
- ELIOT, T. S. (1979 [1953]). «The three voices of poetry», en *On poetry and poets*, Boston, Faber and Faber Limited, pp. 89-102.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Manuel (2007). «José Ángel Valente y la modernidad poética romántica», en VV.AA., *Referentes europeos en la obra de Valente*, Santiago de Compostela, Publicaciones de la Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética, pp. 9-78.
- GÓMEZ TORÉ, José Luis (2010). «Formas y ausencias de lo sagrado en la poesía de José Ángel Valente», en *Pájaros raíces. En torno a José Ángel Valente*, eds. Marta Agudo y Jordi Doce, Madrid, Abada Editores, pp. 299-314.
- HERNÁNDEZ, Antonio (1991 [1978]). *La poética del 50. Una promoción desheredada*, Madrid, Endimión.
- HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, Daniel (2013). «El fin de los héroes y los poetas: Valente ante los clásicos grecolatinos», en *José Ángel Valente. Memoria sonora*, coord. Raquel Rivera Fernández, Ourense, Deputación Provincial de Ourense, pp. 133-140.
- MÉNDEZ RUBIO, Antonio (2009). «Palabra y agujero. La poesía imposible de José Ángel Valente», *La Página* [«José Ángel Valente»], 78/9, pp. 7-24.

PARDO, José Luis (1996). *La intimidad*, Valencia, Pre-Textos.

REDONDO ABAL, FRANCISCO XAVIER (2016). *Biblioteca de José Ángel Valente*, con revisión filológica y estudio de Margarita García Candeira, Santiago de Compostela, Publicaciones de la Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética.

RODRÍGUEZ FER, Claudio (ed.) (2008a). *Valente: el fulgor y las tinieblas*, Lugo, Axac.

— (2008b). «Borges para Valente: de Aleph a Alef», *Moenia*, 14, pp. 145-158.

— (2018). *Valente infinito (Libertad creativa y conexiones interculturales)*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.

—, Marta AGUDO y Manuel FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (2012). *Valente vital (Galicia, Madrid, Oxford)*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.

—, Tera BLANCO DE SARACHO y María LOPO (2014). *Valente vital (Ginebra, Saboya, París)*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.

—, Manuel FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y Fernando GARCÍA LARA (2017). *Valente vital (Magreb, Israel, Almería)*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela.

ROMANO, Marcela (2014). «Insospechados rostros: Borges, Brines, Valente», *Mitologías Hoy. Revista de Pensamiento, Crítica y Estudios Literarios Latinoamericanos* [«Puentes literarios transatlánticos: la relación entre José Agustín Goytisolo y su generación con la América Hispana»], 9, verano, pp. 68-89. Disponible en: <http://revistes.uab.cat/mitologias/article/view/v9-Romano/122>

— (2018). «Borges y Valente: memorias y signos a dos tiempos», en *Cartografía literaria en homenaje al profesor José Romera Castillo*, eds. Guillermo Laín Corona y Rocío Santiago Nogales, Madrid, Visor, pp. 499-513.

SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés (1996). «Sobre dos poemas de José Ángel Valente», en Jacques Ancet et al., *En torno a la obra de José Ángel Valente*, Madrid, Alianza, pp. 41-46.

— (2011). «Introducción», en José Ángel Valente, *Diario anónimo (1959-2000)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 7-31.

VALENTE, José Ángel (1977). «Blas», *Papeles de Son Armadans*, 165, pp. 213-214.

— (1980). *Punto cero. Poesía 1953-1979*, Barcelona, Seix Barral.

— (1991). *Variaciones sobre el pájaro y la red* precedido de *La piedra y el centro*, Barcelona, Tusquets.

— (1992a). *Material memoria (1979-1989)*, Madrid, Alianza Tres.

— (1992b). *No amanece el cantor*, Barcelona, Tusquets.

— (1994 [1957]). «Juan Ramón Jiménez en la tradición poética del medio siglo», en *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, pp. 83-92.

- (2000). *Fragmentos de un libro futuro*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- (2004). *La experiencia abisal*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- (2008). *Obras completas II. Ensayos*, ed. Andrés Sánchez Robayna, recopilación e introducción de Claudio Rodríguez Fer, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- (2011). *Diario anónimo (1959-2000)*, ed. Andrés Sánchez Robayna, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- (2014). *Palais de Justice*, ed. Andrés Sánchez Robayna, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- (2018). *El ángel de la creación. Diálogos y entrevistas*, ed. Andrés Sánchez Robayna, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- VELA, Rubén (1965). *Ocho poetas españoles. Generación del realismo social*, Buenos Aires, Ediciones Dead Weight.
- VALLADARES, Saturnino (2017). *Retrato de grupo con figura ausente. Edición y análisis de la correspondencia entre José Ángel Valente y los poetas españoles de su edad*, Ourense, Deputación Provincial de Ourense.